

Colón, tema inagotable

Bien se ha visto con motivo de las fiestas recientemente celebradas en Barcelona, que se puede estar hablando siempre de Colón, sin que el tema pierda interés. Como no pierden virtud de sugestión, en modo alguno, el mar, el crepúsculo o el amor por mucho que canten su belleza los poetas. Hay mucho en Colón de fuerza de la Naturaleza que arrastra consigo, genialmente sublimados, los vicios y las virtudes que son propios del hombre. Al carácter humano no se le puede explicar unilateralmente. Salvo el caso excepcional de la sanidad, todo hombre tiene, en la unidad de su conjunto, buenas y malas, inmejorables y pésimas condiciones. Hombre extraordinario fué Colón, porque en grado extraordinario precisamente poseyó las cualidades y defectos que le peculiarizan, y que exigen, por parte del que lo estudie, una mirada envolvente y completa.

No cabe desconocer que en Colón hay un problema psicológico — mucho más importante que el biográfico — superior en obscuridad y misterio el de otro cualquier gran hombre. Sin ser Colón, como evidentemente lo fué, un delirante, un visionario, un aventurero, no habría dado los primeros pasos al servicio de una iniciativa que todos rechazaban por absurda. Pero de no ser también un organizador, un espíritu práctico, no hubiera sido capaz de realizar su quimera. De igual suerte que en Colón coexistían el ensueño y el cálculo, convivieron probablemente la piedad y la violencia, el desprendimiento y la rapacidad, aspectos de un carácter que contribuye a hacernos ver, por todas sus caras, el sentido a que naturalmente había de responder esa cosa tan compleja e inverosímil, de astronómica singularidad, que es descubrir un mundo. Para llevar a cabo esta casi mitológica tarea, había que sentir dentro de sí todos los impulsos de la pasión.

En la bibliografía colombina no faltan textos que quieran hacer de este incomparable sujeto, un héroe de prendas inmaculadas y ejemplares. En este supuesto, Colón no hubiera pasado de ser un creador de fantasmagorías, algo así como un poeta de inspiración geográfica que, a lo mejor, ni siquiera sabría hacer versos. Recordemos a Séneca, que un pasaje de su tragedia, acaso la más famosa, «Medea», parece que presente la existencia del Nuevo Mundo. Es en aquellos versos que íntegramente no hemos de citar: «Vanient annis a secula seris...», donde Séneca prevee un tiem-

po en que el Océano se sacudirá todas sus ataduras, y Thule ya no será el confín del orbe. Pero Séneca no pasó de ahí, y nadie pensó jamás en exigirle que diera cuerpo tangible a su clarividencia. Pero Colón no era hombre, por lo visto, que se aviniese a reposar bajo el halago, tan grato a los poetas y a los filósofos del pensamiento puro, asistido por la metáfora o no. Y con su instrumental científico a la espalda, se echó a los caminos del mundo, en busca de quien fuese capaz de comprender y secundar su intuición del globo terráqueo. No fué producto del azar que justamente en España hallase quien le entendiera y se decidiese a prestarle las ayudas necesarias.

Tenía, sí, que ser española el alma que diese calor a la de Colón. La sensatez padece limitaciones, y el español de raza gustó siempre de traspasar aquellas, cediendo a la tentación de lo desorbitado. «Gran encuentro, fecundo contacto, prejuizada inteligencia, entre Isabel y Colón...» No mostremos demasiado interés en atribuirle a Colón una fe de bautismo en tierra española. Literalmente, el documento no existe; pero sí en su significación espiritual. Colón no fué español, pero se españolizó, porque la magnífica rareza de su proyecto únicamente podía ser acogida por la también rara y desconcertante gente hispánica. Por cierto que, al convertirse en española, la empresa ideada por Colón, tuvo este que correr el riesgo, en la perspectiva histórica, de que le alcanzasen los contragolpes y coletazos de la «leyenda negra», de la patente animosidad universal contra España, su Fe y su Corona. Releamos estos días una historia de los descubrimientos geográficos, la muy notoria del Dr. Sophus Ruge, y nos dió no poco que pensar la habilidad con que el autor alude, siempre que le es posible, citar a España en el capítulo titulado «La Ruta del Oeste y el descubrimiento del Nuevo Mundo», hasta el extremo límite de hacer la siguiente recapitulación, en un párrafo, que reconoce a otros pueblos, como es justo, su tanto de gloria, pero omitiendo una elemental referencia a la primacía de nuestra Patria: «Itálicos fueron los maestros de los portugueses; un italiano concibió el proyecto; un italiano dió su nombre al Nuevo Mundo, e italianos fueron en aquella época los directores de las expediciones marítimas que emprendieron la Francia y la Inglaterra, con el objeto de hacer descubrimientos en el océano occidental». ¿Y España?...

Impresiones Montserratinas

¡Cuán pequeño me sentí en Montserrat!... La Virgen, el paisaje, ¡hasta el silencio de la noche!... Todo era grandioso, de dimensiones inusitadas.

Cataluña, sin duda alguna, es la alta y silenciosa montaña que desde la ciudad se divisa a lo lejos. Todo es en ella rotundidad, silencio y paz. La configuración de la Santa Montaña, llena de desfiladeros abruptos y abismos insondables, es personal e inconfundible, y la observé desde Monistrol con un poco de emoción. Me parecía que ella resumía en sí toda la expresión de mi tierra y de sus hombres. Veía una montaña sin debilidades, con grandes alturas en pos de infinitos, punzantes como agujas, y también veía suavísimos regazos con manantiales de dulzura.

Desde la plaza del Monasterio, oportunamente interrumpido por la brisa de la montaña que traía el armonioso eco de las plegarias de los devotos que, siguiendo procesiones iban a visitar a la «Moreneta», descubrí el infinito.

y la sangre española de los impulsores y compañeros de Colón, y de toda la imponente legión de navegantes y conquistadores de una América que habla y reza en español...? La polémica es antigua y ya está satisfactoriamente ventilada; pero no está de más recordar que nos ha regateado mucho, para mantener vigilante la atención del español.

El pleito universal de Colón no se substancia únicamente en la tasada jurisdicción de los eruditos, trasciende a otras órdenes, y en gran parte se confunde con el pleito mismo de la obra imperial cumplida por España, a lo largo de la tierra y a lo ancho del mar. Son cuestiones que se enlazan íntimamente, y si hemos tocado un punto vivo de la Historiografía, ha sido incidentalmente, por una de las muchas vías que, en tan rica materia, tientan al pensamiento. Colón sugiere mucho, porque está viva la obra a que adscribió su nombre. Le fué hurtado éste al mundo por él descubierto, y Americo Vesputio salió ganando, por el azar de unas felices «Relaciones Cosmográficas». Pero la honda raíz de la lengua castellana en tierras de América dice lo bastante...

Lengua que Colón conocía aún antes de poner su planta en los reinos de Fernando e Isabel; hecho inicial sobre el que, como es sabido, don Ramón Menéndez Pidal hizo en 1940 un magnífico estudio, luego reimpresso. Y es que ya hacia fines del siglo XV, el castellano era idioma universal.

Conocemos, por supuesto, la creación

A lo lejos, en lo hondo, más allá del Llobregat, las pequeñas estribaciones de la Montaña Santa, se extendían desoladas, algo sombrías, avergonzadas de su pequeñez. Los campos primorosamente cultivados por el campesino catalán, se ajeaban en minúsculas manchas simétricas hasta esfumarse en las estribaciones de los verdes prados. Y acá y allá, desparramadas, resaltantes en la tierra multiforme, lucían, blanquesinas, las aglomeraciones urbanas de Monistrol, Manresa... que me hicieron recordar aquellos versos del cantor de Montserrat, Mossén Cinto Verdaguer.

Angels d'ales d'or
vos farien ombra;
Vos no'n voleu, no,
voleu ser pastora,
tan sols per vetllar,
desde un cim de roca,
vostre blanch ramat
de viles y pobles.
Moreneta 'n sou,
moreneta y rossa.

Y la noche... ¡Oh!, la noche en Mont-

(Continúa en la página 3)

del Almirante. Pero a él mismo, no le conocemos en su esencia íntima. Por eso, empezamos diciendo que palpita en Colón una interrogante de carácter psicológico a la que no se puede responder sino en hipótesis. La grandeza de la obra cumplida permite creer en la grandeza personal de quien la realizase. Pero, de todos modos, queda en la obscuridad el hombre cotidianamente fuera Colón, y para interpretarlo apenas si pueden ensayarse otra cosa que conjeturas. Ninguna mejor que la basada en la realidad de la grandeza y la miseria humana. El hombre, todo hombre, es contradictorio de suyo, y así hay que tomarle. Cualquiera que sea, por ejemplo, el valor que asignemos al antecedente significado por los proyectos de Toscanelli, para arribar al extremo Oriente de Asia, siguiendo la vida del Oeste. He aquí una de las partidas más graves que pueden cargarse en disfavor de Colón. Y aún así... Colón nos ganará siempre la admiración por la impresionante mezcla que en su vida logran lo fabuloso y lo experimental, la alucinación y la realidad, conquistada, palmo a palmo, por medios al parecer contraindicados. La locura a cuyo soplo tendieron las velas unas embarcaciones, tan presuntuosas como rudimentarias, se hizo cordura y de un acto concebido por el corazón y sentido por la cabeza, surgieron veinte pueblos con cien millones de hijos de Dios.

M. FERNANDEZ ALMAGRO



La CASA ARIMANY, procurando la mayor comodidad de sus clientes, ha instalado una nueva Sección de Perfumería

EXCLUSIVA PARA CABALLEROS

En ella encontrará extenso surtido de todo lo necesario para su aseo personal

Casa ARIMANY

Plaza Maluquer y Salvador, 8 - Telef. 235
GRANOLLERS